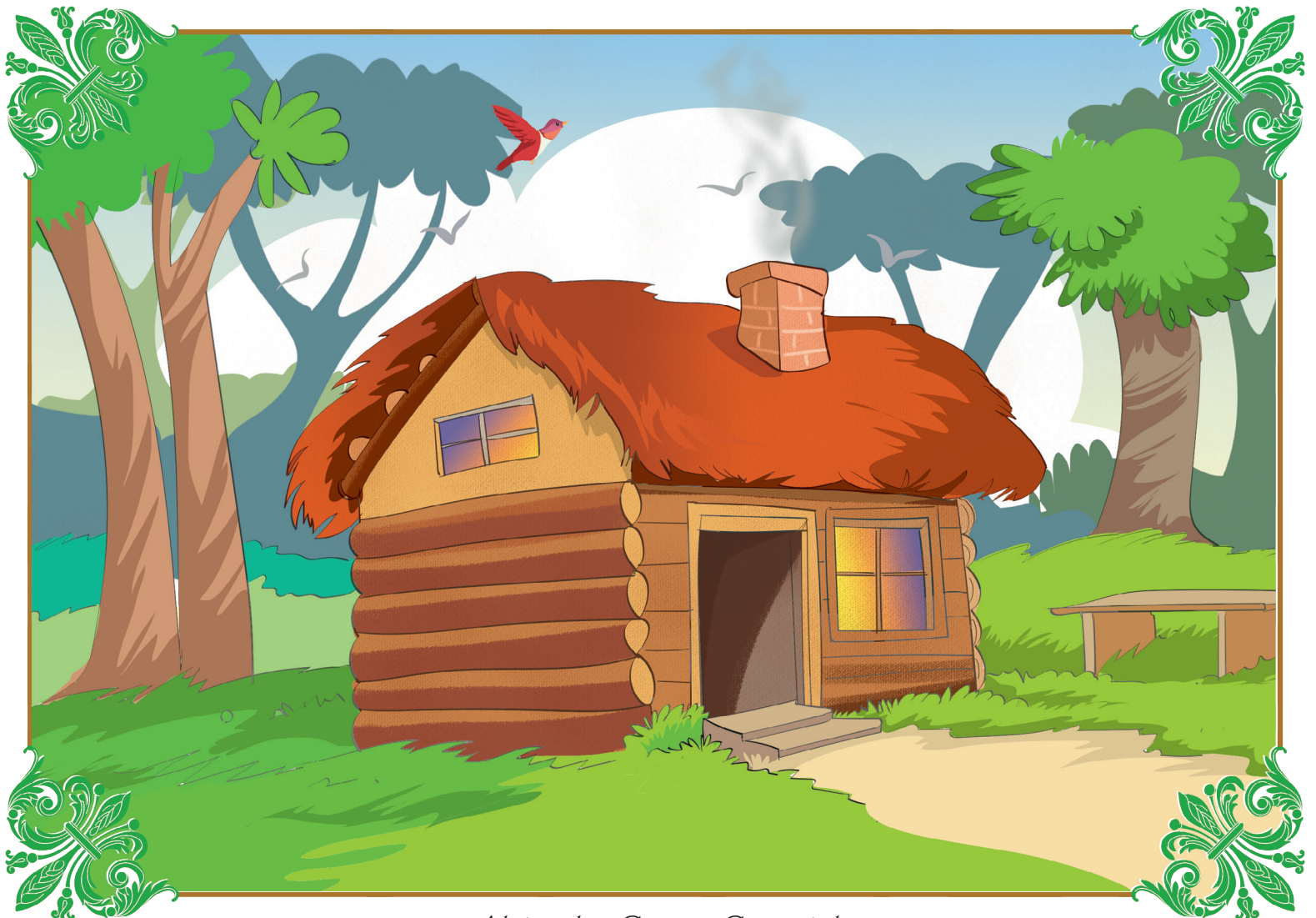


JUAN Y EL MAGO SAFI

Capítulo 2

Una conversación reveladora



Alejandro Castro Carvajal

El extraño anciano que conocí en el bosque y que decía llamarse Safi, luego de hacerme saber –para mi sorpresa– lo bien que supuestamente me conocía, me hizo seguir a su casa con el pretexto de compartir un trozo de pan de maíz y una taza de té.

Una cocina, una mesa, cuatro sillas, un armario, una cama, y sobre ella, una flauta –lo recuerdo bien– eran todos los muebles que ocupaban su cabaña. El señor Safi no pasaba de ser un hombre enigmático, pobre y con toda seguridad ignorante pues no vi un solo libro en el pequeño espacio de su casa.

¿Qué podrá entonces enseñarme este envejecido y sencillo campesino?, –me pregunté cuando pensaba en todas las tareas del día que me esperaban. Pero el maravilloso aroma del pan horneado y las palabras del señor Safi, de repente, lograron que olvidara todas mis preocupaciones. Su voz, hay que decirlo, siempre fue una manta cálida que abriga y acompaña a la vez. Una de esas cosas amables con las que entendemos el milagro de la sencillez.

–Juan, ven, siéntate aquí mientras caliento el agua para el té –me convidó con gentileza–. Me gustaría saber cómo haces para montar a ese burro.

–La verdad, esa hazaña aún no la he logrado –le confesé–. Siempre que lo intento Oge se sale con la suya y me bota al piso con una asombrosa facilidad.

–Bueno, pues ese será nuestro propósito: que por fin logres montar a tu burro –le escuché decir con claridad–. El día que Oge te obedezca estarás listo para construir un templo. Mientras que esto no suceda, él seguirá siendo el dueño de tu vida y no hará más que traerte problemas.

Yo aprendí en la escuela que las palabras a veces quieren decir algo diferente a lo que en realidad dicen. Pero por más que lo intentaba no alcanzaba a entender eso que don Safi decía con tanta espontaneidad; sobre todo aquello de que Oge, mi burro, es el dueño de mi vida. Lo de construir un templo pues... para ser sinceros, tampoco me quedó claro. Además, ¿cómo para qué? –me pregunté–, si la iglesia del pueblo se ve muy bien y creo que no hace falta levantar una adicional. Fue por eso que no me quedé con las ganas de preguntarle:



-Señor don Safi, y usted ¿ha construido ya su templo?

-Te voy a contar una historia. Alguna vez, al igual que tú, tuve una fiera aterradora y descomunal que me perseguía en sueños malogrando mi descanso noche tras noche -me contó-; hasta que llegó el día en el que decidí no seguir viviendo más con ese miedo.

-Y entonces ¿qué hizo señor?, cuénteme -le pregunté al tiempo que saboreaba el pan de maíz bendito que me daba tanta alegría.

-Enfrentarlo, por supuesto que enfrentarlo -respondió con naturalidad.

-Pero, ¿de qué forma? -pregunté-. ¿Enfrentar un devorador de hombres?, ¿cómo es eso?, ¿no es más inteligente salir corriendo?

-No Juanito -dijo con inobjetable seguridad-, huir es aplazar el dolor, y el miedo es solo ignorancia.

Así transcurría el día, entre el canto de los árboles cercanos que hacían del viento su idioma propio y la voz pausada de un desconocido cuyas palabras lejanas llegaban hasta mí con el único propósito de ser descifradas.

Me dijo que no era de aquí ni de allá, que su única pertenencia era su flauta y que había aprendido que mientras su corazón estuviera abierto a los demás para dar lo mejor de sí, una taza caliente de aguapanela y una buena compañía nunca le faltarían.

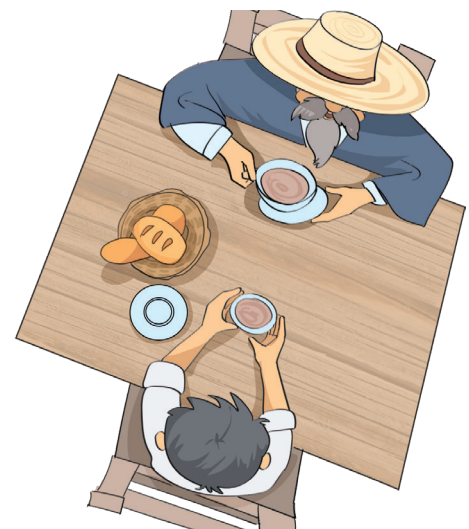
Entonces le revelé que en cambio yo, a su edad, esperaba tener muchísimas cosas bonitas, un carro moderno, como los que se ven en las películas y tantos animales como fuera posible. Le confesé que eso me haría enteramente feliz.

-Cómo te pareces a tu burro -se sonrió sin poder evitarlo-. Hablas como lo hacen las personas que no escuchan lo que dicen. Pero te entiendo Juanito, todavía eres un niño.

A veces las preguntas vienen acompañadas de respuestas. Eso me lo recordó don Safi ese día cuando, de un momento a otro, me preguntó:

-Dime Juanito, ¿qué es lo que te impide ser feliz?

-Pues Safi -le dije así porque me había pedido que eliminara el “señor” y el “don”-, en mi casa somos muy humildes, las cosas no son fáciles, a todos nos toca trabajar, a mí me corresponden muchas tareas, entre ellas lidiar con mi burrito, el pobre Oge que nunca hace caso y sale a correr todo el tiempo. ¿Sabe qué



me gustaría? Comprarle a mi papá un tractor que le ayude en la parcela, y a mi mamá una moto para que no llegue tan cansada del pueblo en su vieja bicicleta, y a la Susana una muñeca de pilas para que hable y llore todo el tiempo, como si fuera de verdad. Eso es lo que me haría feliz. En ese instante busqué la apacible figura de Oge al otro lado de la ventana y me di cuenta que, como en un dibujo, su imagen formaba parte de un paisaje que el tiempo había detenido.

Vino después uno de esos silencios que anuncian cosas importantes, antes de que el impredecible Safi volviera a sorprenderme:

-Ay Juanito, es exactamente lo mismo que ocurre con Oge. Pero ven, acompáñame -me invitó a salir, mientras abría con bondad la estrecha puerta de su humilde cabaña-, vamos a ver el atardecer, unas zanahorias a tu burro Oge seguro le van a encantar.

Habíamos conversado ya muchas horas. Él hablaba con la alegría de la gente que no necesita poseer algo para valorarlo. Yo lo escuchaba sin saber muy bien si había entendido lo que debía entender.

Afuera el sol se ponía y las sombras de los árboles proyectaban en el pasto formas insospechadas de gigantes imposibles. Copetones desorientados giraban en círculos sobre nuestras cabezas y ardillas irreverentes subían y bajaban los troncos de un bosque antiguo y generoso. Y mi Oge, pacífico e imperturbable, pastaba feliz porque el aire tibio de otro atardecer lo acariciaba y confortaba.

-Mira cuántos animales, todos viviendo a plenitud, nada les hace falta -le escuché decir a Safi en voz baja-. Todo lo que puedes ver desde acá es de ellos, y sin embargo nada les pertenece. No necesitan nada más. No serían más felices las ardillas con un árbol más grande, ni los pájaros serían más libres si volaran más lejos.

-Pero Safi, es que son animales -me atreví a decirle.

-Me gustaría saber cómo te sientes en este instante -me dijo mientras ponía su mano sobre mi hombro-. Quiero que cierres tus ojos por un momento.

Sucedió entonces que al cerrar los ojos sentí como nunca antes la noble tibieza del sol, la brisa invisible de la montaña, las irrepetibles formas del cielo y el maravilloso bienestar de mi respiración. También vi a las ardillas y a los copetones que con sus movimientos hacían de esa tarde el momento más hermoso nunca visto. Sentí una gran paz.

-Puedes abrir los ojos, Juan -alcancé a escuchar la voz de Safi como si viniera de lejos-. ¿Cómo te sientes ahora?

-Muy feliz -respondí sosegado-.



-Ya lo sabes -precisó Safi-, para ver mejor hay que cerrar los ojos. Y ahora dime, ¿qué te impide ser feliz? -preguntó de nuevo.

Ni las cosas más extraordinarias que no tengo habrían podido superar ese momento de alegría. Por eso respondí: "Nada".

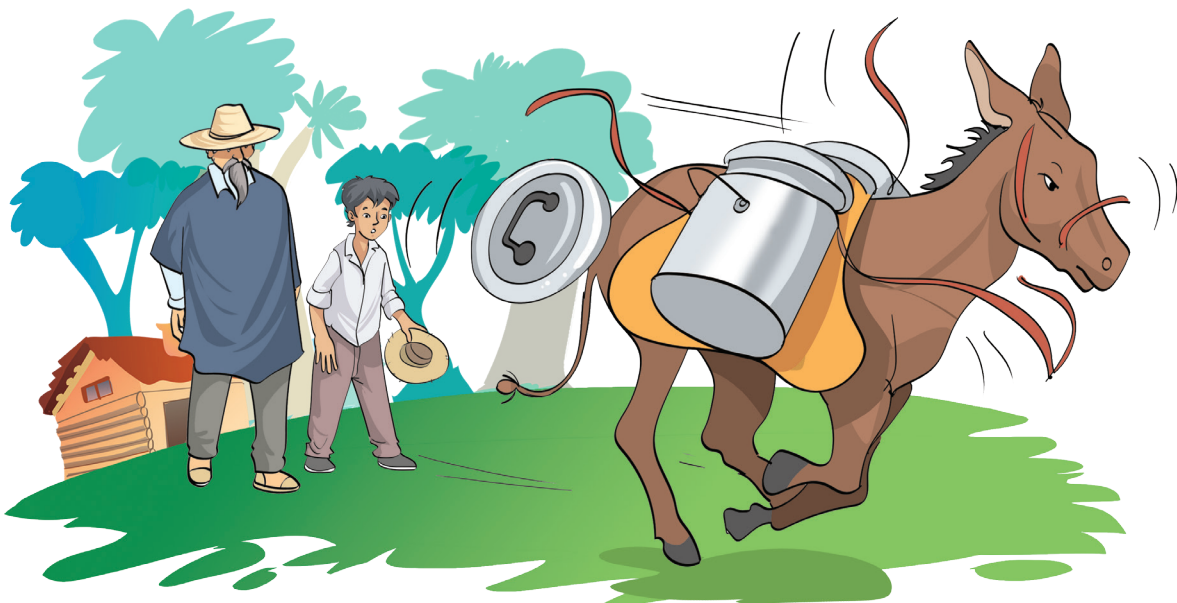
-Juanito, hasta que no aprendas a valorar y a disfrutar lo que tienes no llegarás a ser feliz -sentenció Safi-. Si centras tu vida en las cosas que no tienes serás un ser desdichado. Entre más cosas tengas, más cosas vas a necesitar. Buscar lo que no tienes produce tanto ruido que no te permite escuchar tu alma. Tal y como pasa con Oge que cuando ve su cola se asusta y se echa a correr, o las veces en que, así tenga paja para comer, prefiere la comida de los otros. Como los burros, algunas personas nunca están contentas con lo que tienen. Juanito, para amar no es necesario poseer. O acaso ¿crees que si estos árboles fueran tuyos, con todos los seres que viven en ellos, disfrutarías más de ellos?

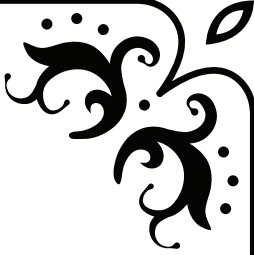

Safi me contaba así las cosas que pensaba y yo las repetía para asegurarme de que las estaba entendiendo. Era como estar corriendo detrás de Oge cuando tenía sus impulsos de libertad. Creo que estaba comenzando a entender.

-Ven Juanito, démosle las zanahorias a Oge, seguro estará cansado de tanto pasto -se sonrió Safi.

Pero al acercarnos vimos con sorpresa que Oge se había desamarrado. Bastó entonces que advirtiera nuestra presencia para echar a correr por la pradera sin una dirección precisa.

-¡Ay no, otra vez! La vez pasada fue igual. ¡Ayúdame Safi! -grité mientras emprendía la persecución a mi incorregible burrito.





Autor: Alejandro Castro Carvajal
Coautoría: Diego Castro Carvajal
Edición: Germán Sánchez Pardo
Diseño: Rolando Rodríguez
Ilustraciones: Patricia Colorado

Septiembre, 2020

Juan y el Mago Safi es una publicación mensual cuyas historias están inspiradas en las enseñanzas de la Escuela de Magia del Amor de Gerardo Schmedling.

Descubre los nuevos capítulos y los mensajes ocultos de *Juan y el Mago Safi*.
Mantente en contacto con la Escuela de Magia del Amor.

Alejandro Castro Carvajal

 alecas2000@hotmail.com

 +57 315 2220168

 [@alejandro_castro_c](https://www.instagram.com/alejandro_castro_c)

 [alejandro_castro_c](https://www.facebook.com/alejandro_castro_c)

